

# MELIDE

Melide es la capital del municipio homónimo. Se sitúa en el extremo sureste de la provincia, muy próxima a los límites de las de Lugo y Pontevedra. Dista de A Coruña unos 70 km y tiene buenas conexiones porque en el centro de su núcleo urbano se cruzan la N-547, que comunica Lugo con Santiago, y la N-540, que une Betanzos con Ourense.

El territorio de Melide ha estado ocupado de forma continuada desde la antigüedad. Los primeros vestigios son sencillas herramientas o armas y los monumentos megalíticos, como la elevada concentración de mámoas en la orilla del río Martagona. Posteriormente la población concentra su asentamiento en forma de castro en un cerro donde ahora está la capilla del Carmen. No demasiado lejos de Melide, en el lugar de Piñeiro, se ha localizado una villa romana. Algunos historiadores han planteado la posibilidad de que transcurriese próxima a Melide la vía XX del itinerario de Antonino, llegando Cuevillas a plantear que en Melide se ubicase la mansión *Brevis*. Una hipótesis plausible es que durante la ocupación romana se creó una *villae* tardorromana en la parte baja, en el valle, en la zona donde está la iglesia de Santa María. Aunque la etimología de Melide no es demasiado clara y se han planteado varias posibilidades imaginativas, dos de ellas derivan del latín. Una derivaría de miliario, pues en un documento del siglo XI se la nombra como *Milierata en Terra de Abeancos* y la otra lo vincula con el antropónimo latino *Mellitus*, se trataría de la villa o tierra de *Mellitus*.

Las primeras menciones de Melide son indirectas, en ellas se cita la demarcación eclesiástica a la que se adscribe, Abeancos. En el año 747 en el testamento de Odoario, obispo de Lugo, se habla de la repoblación de varias villas en la Tierra de *Aviancos*. En un documento de Alfonso II, el Casto, el 27 de marzo de 832, se realizó una dotación a la catedral de Oviedo con los territorios de la Tierra de *Aveancos* y algunos en la diócesis de Lugo. Poco después el mismo rey se retractó y decidió que Abeancos siguiese bajo la jurisdicción de Lugo. La propiedad episcopal no debió de quedar demasiado clara, pues la propiedad de Melide, junto con la de otras iglesias del arciprestazgo, fue motivo de pleito entre los obispados de Lugo y Mondoñedo. La primera de estas disputas se registra a finales del siglo XI por petición de don Amor, obispo de Lugo, al Papa Urbano II. Aunque la resolución parece que fue favorable para la diócesis lucense, el obispo de Mondoñedo no la acató y solicitó una reunión por falta de conformidad. No se tienen noticias de este encuentro, se desconoce incluso si llegó a celebrarse, pero los templos siguieron bajo el control mindoniense. Ambos obispados debieron de llegar a algún tipo de acuerdo porque en los siguientes litigios lucenses sobre la propiedad de algunas iglesias no figura Mondoñedo. El siguiente pleito donde se las reclama está datado el 25 de agosto de 1285, cuando el obispo de Lugo, Fray Arias, solicita al metropolitano de Braga, don Tello, que medie en el asunto. Tampoco se conoce cómo se resolvió, pero la titularidad continuó perteneciendo a Mondoñedo hasta mediados del siglo XX. Permaneció de este modo hasta que en 1953, en el Concordato entre la Santa Sede y el Estado Español, se reorganizaron las diócesis y pasó a integrarse en la diócesis lucense.

Ajena a la titularidad eclesiástica, la población de Melide se encontraba en la confluencia de dos de los caminos de Santiago, el primitivo o de Oviedo y el Camino de Francés. Se vio favorecida por el auge de la peregrinación de tal modo que su crecimiento urbanístico medieval y moderno, desarrollado a lo largo del eje viario, está claramente vinculado al trazado del Camino. Además contaba con una serie de instalaciones hospitalarias, al menos un hospital y una leprosería, esta última situada próxima a la iglesia de Santa María, en la zona de San Lázaro. Su posición estratégica dentro de la vía de peregrinación y, también, en los caminos que comunicaban con la costa motivó que durante el reinado de Alfonso IX se repoblase el burgo. La población se agrupó y creció alrededor de la zona del antiguo castro, donde algunos autores

apuntan la existencia de una fortificación altomedieval. En 1214 Alfonso IX realiza una permuta al Arzobispado de Santiago, quien cambia la jurisdicción del territorio de Abeancos por el castillo de San Jorge en el monte Pindo (San Mamede de Carnota, Muros) en la Costa da Morte. La Mitra Compostelana, para poder demostrar el poder señorial recién adquirido, construye una fortificación en la *croa* del antiguo castro.

Además de la iglesia de Santa María, el Melide medieval contó también con otra iglesia, la de San Pedro. Este templo fue demolido en la década de los cuarenta del siglo XX y trasladadas algunas partes a la iglesia de San Roque. Se encontraba extramuros del Burgo Novo pero próximo a la puerta de acceso y al pie del Camino de Oviedo. El primer documento donde se menciona data de 1285, en un uno de los pleitos entre los obispados de Lugo y Mondoñedo. Chao Castro plantea que la iglesia pudiese remontarse al siglo XII o a comienzos del XIII, pues el emergente Burgo Novo demandaba una serie de necesidades parroquiales que la iglesia de Santa María no debía cubrir, aunque también propone un posible origen altomedieval vinculado a la población que siguió viviendo en la zona del castro. Las características de los restos medievales conservados han sido confundidas en ocasiones con las de una construcción románica, pero en el estudio de Chao Castro se aclara que la portada, que era el acceso lateral, fue construida alrededor del año 1400, renovando un edificio construido entre finales del siglo XIII e inicios del XIV. En las proximidades de este templo se encontraba un hospital para peregrinos que mantuvo su función asistencial hasta finales del siglo XIV, cuando se funda otro de mayores dimensiones.

En 1316 cuando el arzobispo D. Rodrigo de Padrón le da a Fernán Fernández de Abeancos la fortificación y la villa de Melide, lo hace bajo la condición de construir una nueva muralla que ciñera el Burgo Novo construido extramuros y una torre en el castillo. La muralla se construyó, pero fue derruida en el siglo XIX. Entre 1372 y 1375 el notario Fernán López y su esposa Aldara González, donaron unas casas para que se construyese un nuevo convento de Sancti Spiritus, en su ubicación actual, pues, hasta el momento, estaba en calle Principal junto a la iglesia de San Pedro.

Durante la Revuelta de los Irmandiños, entre 1467 y 1469, destruyeron el castillo y derribaron parte de la muralla. En 1498 el arzobispo Fonseca le da permiso a Sancho de Ulloa, conde de Monterrei, para aprovechar los materiales de la derruida fortificación para construir la Capilla Mayor del Convento del Sancti Spiritus. El espacio de la fortaleza permaneció vacío hasta que en el siglo XVIII se edificó en la *croa* la capilla del Carmen.

## Iglesia de Santa María

EL ORIGEN DEL TEMPLO, al igual que la mayoría de las iglesias rurales gallegas, es desconocido y las referencias que se tienen, además de escasas, son tardías. El templo de Santa María es uno de los cuatro de la villa de Melide y el único románico. Se localiza hacia el Este, al borde del Camino de Santiago. Al pie de éste se conservan, muy deteriorados, dos sarcófagos antropomorfos, con orientación E-W, excavados en la roca. Aunque no se han encontrado otros restos, y a falta de un estudio arqueológico exhaustivo que aporte datos para poder fijar una cronología precisa, su simple presencia confirma la existencia de una necrópolis altomedieval vinculada a un templo anterior. La planta es sencilla, de nave única y ábside semicircular precedido de un corto tramo recto. El

primer cuerpo se cubre con una techumbre de madera a dos aguas, mientras que la capilla lo hace con una bóveda de cascarón en el hemiciclo y una de cañón semicircular en el tramo precedente.

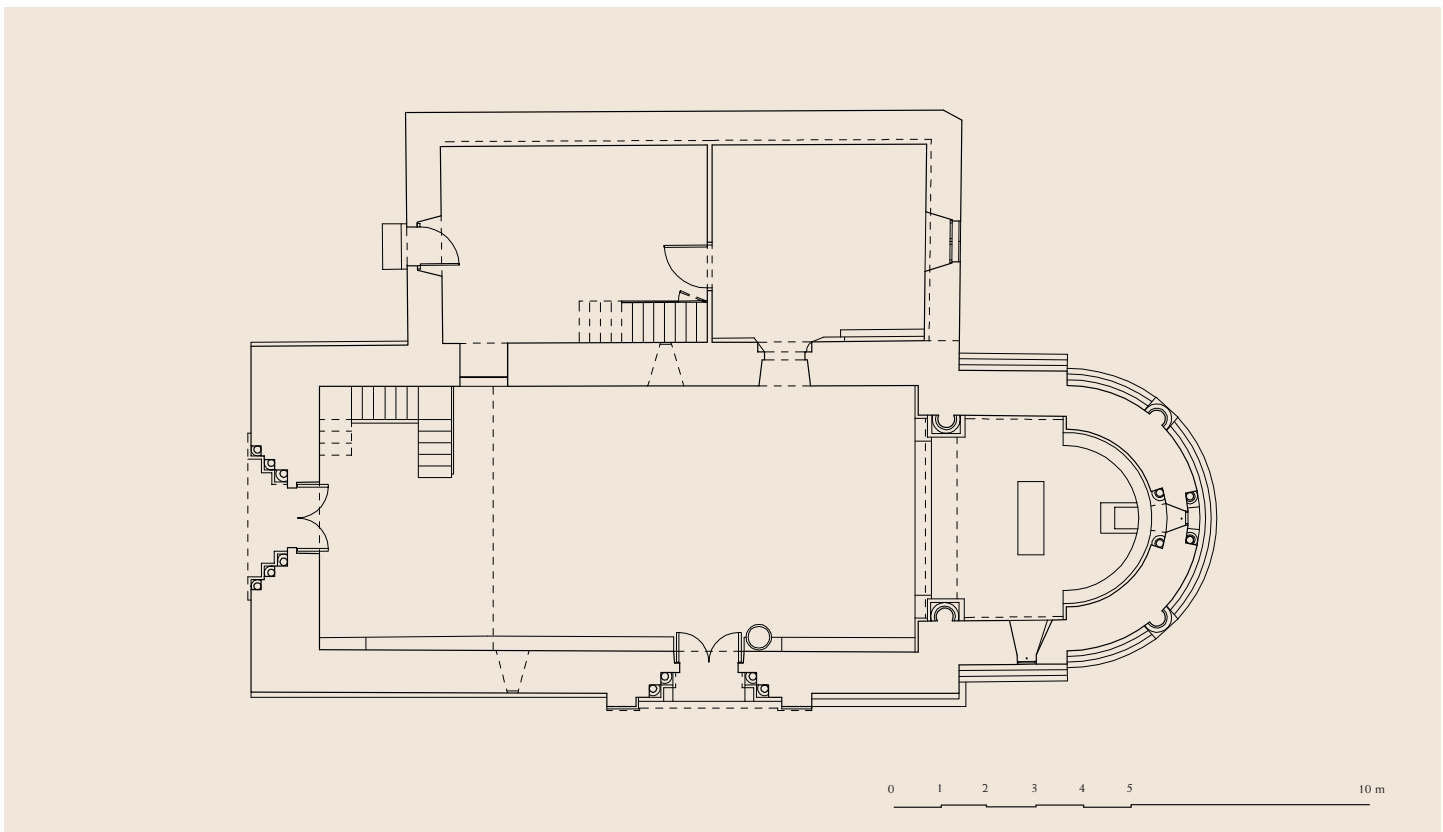
En el exterior no se produce el tradicional juego de alturas entre nave y la cabecera, ya que ambos cuerpos se disponen a la misma altura, debido a una reforma que redujo la altura de la nave al eliminar un par de hiladas de sillares y desapareciendo, por lo tanto, el icónico alero románico con canecillos.

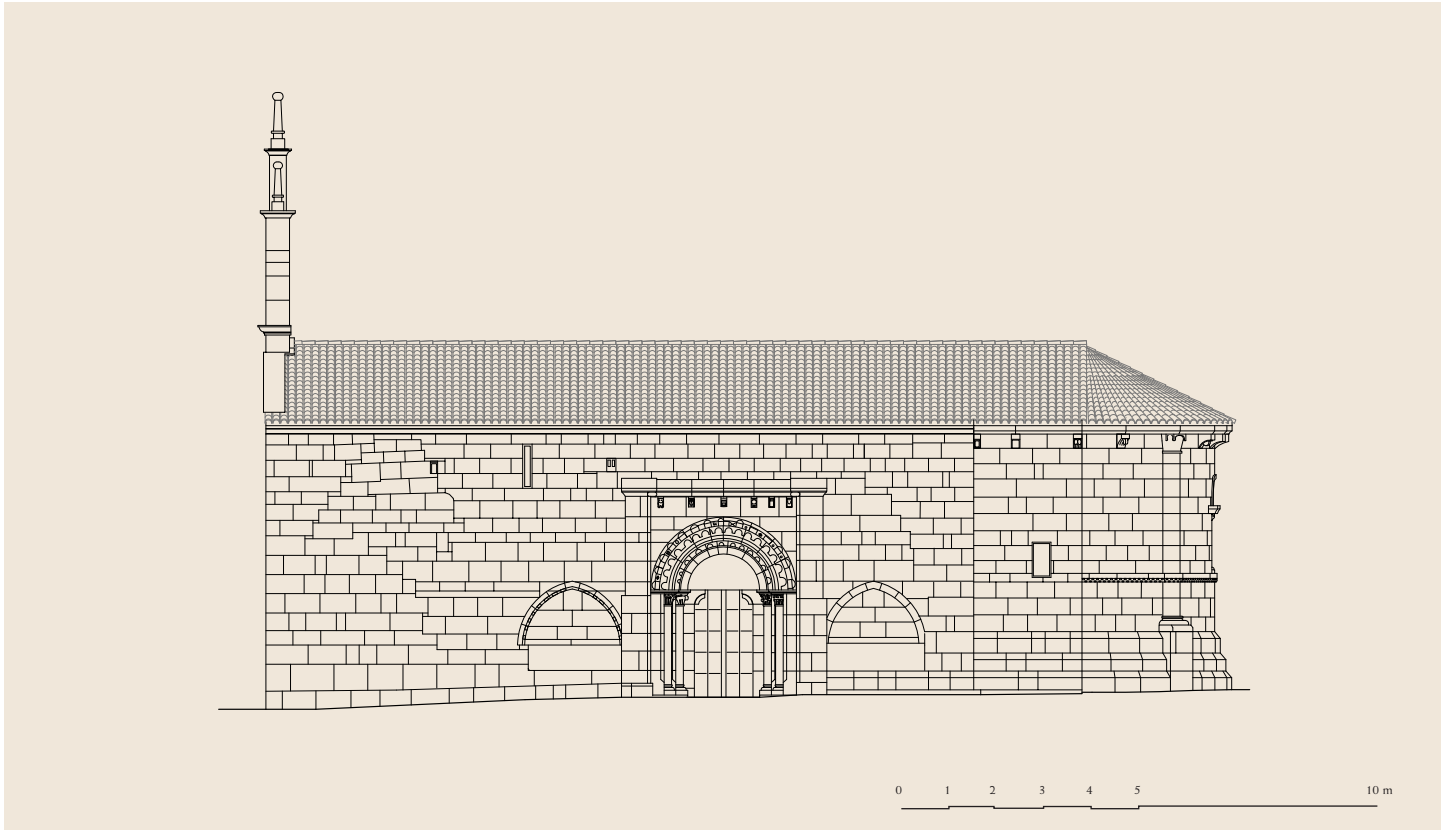
En el ábside se diferencia el tramo recto y el hemiciclo por la mayor anchura y por un tratamiento decorativo más sencillo del primero. Ambas partes se unifican mediante un triple zócalo escalonado con cada uno de los retallos acha-



Exterior

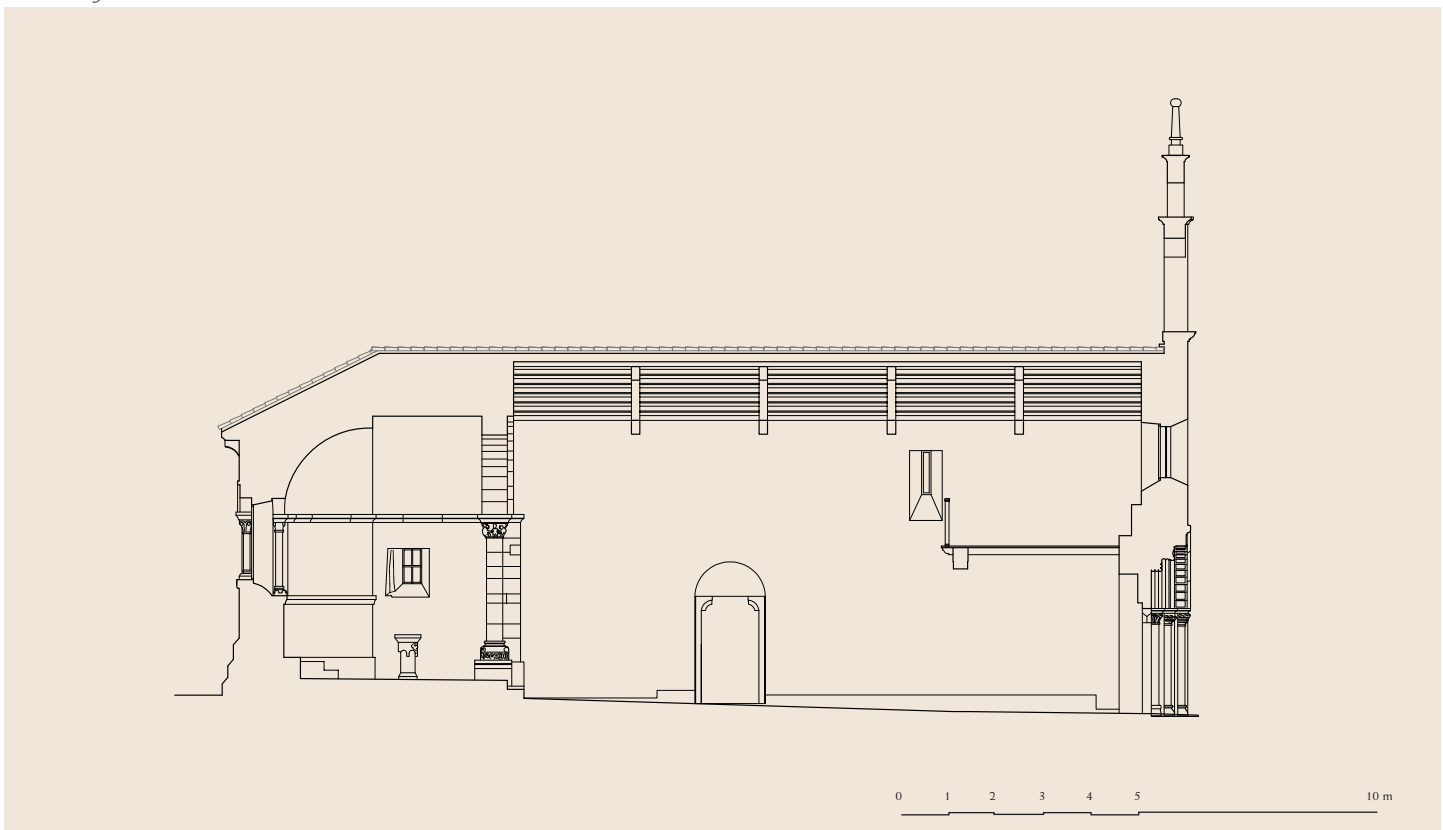
Planta





*Alzado sur*

*Sección longitudinal*





Alzado este



Alzado oeste

flanados. En el hemiciclo hay dos semicolumnas entregas que lo dividen en tres paños. Estos soportes se alzan sobre altos podios que arrancan desde el suelo y resaltan sobre el zócalo. Las basas son áticas; una de ellas tiene como única decoración una incisión que recorre longitudinalmente el collarino y la otra presenta un mayor decorativismo. Aunque está perjudicada por la erosión y la adhesión de líquenes, todavía se aprecian garras poco resaltadas y todo el plinto está tallado con un motivo no muy definido, tal vez flores geometrizadas como las que aparecen en el plinto norte del arco triunfal.

Los capiteles, bastante deteriorados, resultan llamativos por la forma de la cesta, más cúbica que troncopiramidal. Ambos capiteles son similares, con collarinos lisos, la parte inferior totalmente lisa y la decoración concentrada en la parte superior. El meridional tiene una hoja larga con escaso volumen en la parte central del frente, mientras que el resto de la ornamentación se reduce a unas bolas que penden en la parte alta de lo que parecen arcos. En el septentrional el elemento vegetal ha desaparecido: hay únicamente arcos con pomas y una especie de anilla perforada.

A media altura hay una moldura fina, decorada en el borde inferior con dos hileras de tacos, que recorre todo el perímetro del hemiciclo, incluidos los fustes a través de

un estrecho tambor. En el tramo central sirve de alféizar de una saetera guarecida por una ventana con desarrollo completo. Se cierra con un arco de medio punto sostenido por una pareja de columnas acodilladas. La septentrional tiene el toro mayor sogueado y el plinto decorado en ambos frentes con un friso geométrico poco definible por la erosión. Los capiteles presentan el cuerpo inferior liso, mientras que en la parte alta ganan volumen. El meridional tiene en cada esquina una hoja rematada en una bola; las tres hojas están formadas por una única cinta continua que se curva. La otra cesta tiene tres grandes hojas rematadas en bolas. Los cimacios en nacela se prolongan poco más allá de la arquivolta. Ésta se resuelve lisa, con un baquetón poco resaltado que está apenas señalado por dos finas incisiones en la rosca y el intradós. Ciñe este arco una chambrana abilletada cuyos motivos son apenas perceptibles en un par de dovelas.

Los tramos rectos de la cabecera carecen de decoración. En el muro sur hay una ventana cuadrada que fue abierta en época moderna después de construir el retablo, desmontado en la actualidad, que, al adosarse al muro oriental, tapaba el único punto de luz del presbiterio. El alero de ambas secciones se compone de una sencilla cornisa en nacela sostenida por una colección de canecillos

mayoritariamente de tipo geométrico. Tienen forma de proa o nacela, en algunos de ellos se añaden una serie de sencillos elementos ornamentales, como cilindros, aspas, cabezas humanas con rasgos sumarios. Otros tienen motivos difíciles de identificar.

En la nave el muro septentrional ha quedado totalmente cubierto por la construcción de una sacristía y una antesala. En el interior de la sacristía se conserva la puerta lateral en arco de medio punto. Tiene una estructura sencilla, con jambas lisas rematadas en finas molduras en nacela, en la que descansan las dovelas en arista. Como único elemento decorativo aparece un tornalluvias achaflanado.

La fachada sur, además de la reforma con la que se eliminó el alero, sufrió otras intervenciones menos evidentes. Buena parte del muro está rehecho, lo indican los engatillados y los múltiples puntos donde no coincide la altura de las hiladas de sillares. Este frente se divide en tres tramos mediante dos contrafuertes; en el central se abre una puerta y en los laterales hay sendos sepulcros cobijados por arcosolios apuntados; en el oriental se ve la fecha de 1385. Para su elaboración fue necesario rehacer casi totalmente

parte de los muros, de tal modo que se conserva una única saetera en el tramo de occidental.

La portada meridional se abre entre los dos estribos poco resaltados, que se disponen de forma ligeramente asimétrica con respecto a la puerta de acceso, y dejan poco espacio libre hasta la rosca. Las aristas internas de los contrafuertes se molduran con un baquetón que suaviza también los codillos entre las columnas de esta puerta y de la occidental. El remate de los contrafuertes se realiza con molduras en nacela, con un inusual desarrollo en la parte superior; responde a una modificación posterior en la que se hizo, o rehizo, la pequeña cornisa que hay sobre el acceso. Este alero tiene un perfil compuesto, formado por cobijas con un abultado bocel en la arista y dos filetes en la parte alta, inexistente en la época románica. Se apoyan sobre seis canecillos que no se disponen equidistantes y que, además, se insertan en el muro de una manera torpe que apunta también a la intervención posterior. Los canecillos están muy deteriorados, pero todos ellos son figurados. Podrían provenir de los aleros eliminados de la nave pero, por el tratamiento escultórico, podrían haber sido realizadas *ex professo* en el momento de la reforma para esta puerta lateral, respetando el gusto románico para armonizar con el resto del conjunto.

A pesar de las dudas que surgen en torno al origen de los elementos que rematan los contrafuertes y el alero, la puerta es indudablemente románica. Tiene dos arquivoltas sostenidas por dos pares de columnas acodilladas. Los fustes son estilizados, lisos y monolíticos. Las basas, áticas, alguna de ellas con garras, tienen plintos adornados en sus frentes con diferentes motivos, como arquitos ciegos, círculos incisos, líneas onduladas o rebajes con estrechos rectángulos. Uno de los capiteles tiene decoración animal, mientras que el resto son vegetales. El figurado es el interno de la jamba oeste, tiene en cada uno de sus frentes una figura que apoya sus patas en el collarino. En la cara externa hay un cuadrúpedo con todo el cuerpo recorrido por líneas zigzagueantes que emulan el pelaje. Su cola alargada y acabada en punta está curvada y se dispone sobre el lomo. Por desgracia, su cabeza, colocada en la arista, está mutilada, lo cual dificulta saber de qué especie es. El animal de la otra cara es bípedo, con una cabeza minúscula, patas potentes y el cuerpo recorrido por una serie de estrías que se curvan dibujando un ala. Lo más llamativo de este animal es un largo y potente rabo, con cuyo extremo golpea la cabeza del cuadrúpedo. La falta de detallismo y la rareza de la representación han llevado a Carrillo Lista a plantear que se representase un basilisco luchado con un grifo, por paralelismos con las iglesias lucenses de San Martiño de Ferreira o San Pedro de Bembibre (Taboada, Lugo). Esta identifi-

Ábside



cación plantea el problema de que en la representación no se ponen en relieve las características más destacadas de cada uno de los animales. En el caso del primero sería el cuerpo híbrido de león y águila; la iconografía de este ser fantástico aparece perfectamente codificada en múltiples iglesias, relativamente próximas, de las provincias de Lugo y Pontevedra. En ellas cada una de las partes del cuerpo están bien modeladas y plasmadas las diferentes texturas del pelaje o las plumas, acordes a su doble naturaleza, y sus cabezas son pequeñas y afiladas y, con frecuencia, miran hacia atrás. En Melide no se manifiestan ninguna de estas cuestiones y la cabeza es muy grande para ser la de un ave. En el caso de la figura bípeda, no se ajusta a la representación del basilisco, ser fantástico del que se resalta que arroja veneno por los ojos y, en algunas versiones, mata con su aliento. Tal descripción no se corresponde con esa cabeza hipertrofiada y con la importancia que se le da a la cola, pues ésta es la que hiere al otro animal. En Melide se ajusta más a la fisonomía una anfisbena, un animal con dos cabezas, una de ellas en el lugar habitual y otra en la cola. Se la suele representar de dos modos: uno es enrolla-

da sobre sí misma al morderse en el cuerpo con una de sus bocas y el otro es con la cola levantada y curvada sobre la cabeza, con o sin unas pequeñas patas que le confieren la apariencia de un dragón con dos colas. Una escena del ataque de una anfisbena a un cuadrúpedo, en este caso un león, aparece en la iglesia riojana de Nuestra Señora de las Tres Fuentes (Valgañón). El hecho de que en Melide todo el cuerpo del mamífero esté decorado con líneas en zigzag que marcan el pelaje, puede ser una mala interpretación del artista de la melena del león, que la extiende a todo el cuerpo. La presencia de este felino se ajusta bien a la plasmación románica de luchas duales entre el bien y el mal; en este caso, el león simbolizaría el Bien y el animal fantástico, independientemente de su género, el Mal.

El capitel de al lado tiene un único orden de hojas nervadas, ligeramente apuntadas y rematadas en pomas. La hoja dispuesta en la arista es de mayor tamaño y se remata con una especie de piña. El espacio libre en la parte superior de la cesta se decora con unas líneas incisas. Los capiteles de la otra jamba tienen la misma estructura, con dos órdenes de hojas estrechas y alargadas que caen hacia

*Portada sur*



*Portada occidental*





*Capiteles de la portada occidental*

delante. Las de la cesta interna tienen un profundo surco central marcando el nervio y unas pequeñas pomas en la punta, mientras que la parte superior se decora de igual forma que la de la jamba opuesta. En el último capitel, la estilización de los vegetales se lleva hasta el extremo de adquirir la apariencia de motivos geométricos, presentes sólo en el registro alto, donde aparecen arcos y filetes rectos. La forma de resolver esta parte es igual a la de los capiteles de las columnas del ábside.

Las arquivoltas se resuelven de una forma original, con las aristas molduradas con bocelos seguidos de medias cañas en el intradós y la rosca y, remarcando el extremo de esta última, hay un festón de arquitos ciegos de medio punto. El tornalluvias se divide también en dos partes, la interna tiene una hilera de voluminosos billetes que se separan por una sucesión de motivos variados (aspas, pomas de varios tamaños, capullos y flores menudas resueltas con diferentes fórmulas) y en la banda externa aparece, de nuevo, una sucesión de arquitos. El tímpano cobijado por los arcos es de medio punto y liso, y está sostenido por dos ménsulas en proa. Por encima del alero que hay sobre la portada se conservan tres grandes ménsulas que sostenían la estructura de un pórtico; por las características de estos soportes, en forma de gancho, se trata de piezas incorporadas en una reforma posterior al románico.

La fachada occidental está modificada en la parte alta, pero la portada, ricamente ornamentada, es románica. En

la zona alterada el piñón se corona con un sencillo campanario y la tradicional saetera fue sustituida por una gran ventana adintelada y abocinada. La portada cuenta con tres arquivoltas de medio punto sostenidas por columnas. Los codillos que aparecen entre los fustes reciben dos tratamientos, unos con un baquetón marcado por unas finas incisiones y en otros se ha optado por cortar la arista en dos partes. En las columnas, las seis basas son áticas pero se resuelven de forma distinta a las del resto del templo. Mientras que en todas las demás las proporciones son bastante correctas, en las del imafrente los toros inferiores presentan una altura superior a lo habitual y están muy abombados. Los plintos están totalmente enterrados, pero en algunos se vislumbra que son cúbicos. Los fustes de la arquivolta interior son monolíticos y los del resto se componen por tambores. El más interesante es el septentrional del arco menor porque es entorchado. Las estrías helicoidales son planas, resaltadas y están recorridas por finas incisiones en los bordes; en el hueco que hay rebajado entre las cintas se disponen rítmicamente flores con el botón trepanado.

Sólo los capiteles exterior y medio de la jamba norte están figurados, el resto tienen decoración vegetal. En la jamba septentrional el capitel externo tiene en una cara un animal que se enrolla sobre sí mismo en forma de espiral; podría ser una serpiente, incluso una anfisbena. En el otro frente aparece una figura mutilada, de la que sólo se ven las patas posteriores. Muy posiblemente el animal repre-





*Capiteles de  
la portada occidental*

sentado sea un león, puesto que tiene una cola rodeando el cuerpo; esta disposición del rabo, junto con la melena, son dos de los rasgos más significativos de los felinos en el románico. En la cesta central hay dos aves afrontadas con largos picos y las cabezas vueltas y apoyadas en sus cuerpos. El último capitel de esta jamba es el de mayor calidad y el de decoración más cuidada, acorde con el delicado fuste salomónico que lo soporta. Es de tipo vegetal y se organiza en dos órdenes. Presenta la peculiaridad de mezclar varios tipos de hojas y algunos zarcillos. La mayoría de las hojas son apuntadas, lisas y terminadas en pomos, algunas con nervios marcados. Hay también una interesante hoja en uno de los frentes que se resuelve de forma diferente, con el perfil recortado marcando un borde festoneado; este motivo está resaltado con unas profundas y pequeñas incisiones realizadas con un trépano. Su nervio central es tan profundo que la hoja está totalmente perforada por detrás del extremo de la hoja. Tanto el trepanado como el total vaciado del nervio por detrás de la punta implican un notable dominio técnico del ejecutor.

En la jamba meridional todos los capiteles tienen decoración fitomorfa, pero abordada de diferentes modos. El interior se resuelve de forma similar a la de la hoja ricamente ornamentada situada justo enfrente, incluso comparten el uso del trépano para el tallado de determinados detalles, pero la calidad es inferior. Las dos últimas cestas organizan en dos o cuatro niveles sus hojas cortas con forma de lengüeta,

algunas de ellas con bolas. Los cimacios se resuelven en nacela simple; el frente de los situados en el exterior se prolonga tan poco que parte de la chambrana carga fuera de ellos.

Las arquivoltas internas tienen en sus aristas gruesos bocelos a los que siguen una sucesión de mediascañas y toros que animan sus roscas e intradoses. El arco externo presenta una interesante decoración en ambas caras. Hay una sucesión de casetones, los de la rosca se resuelven como arcos rebajados en cuyo interior hay un motivo decorativo geométrico, ya sea de cruces, aspas de brazos rectos o curvos, discos, ondas o uves invertidas. La chambrana se decora con tacos dispuestos en cuatro hiladas. El tímpano, sostenido por canes en proa, es liso y presenta como única decoración una fina incisión que bordea su base.

En el interior la comunicación entre la nave y el presbiterio se realiza a través de un arco de medio punto, doblado y con dovelas en arista. Mientras la dobladura carga sobre los muros, el arco menor reposa en una pareja de columnas entregas. Se alzan sobre un alto podio moldurado en la arista con un bocel. Los plintos cúbicos están decorados, el meridional, completamente, pero en el opuesto no llegó a acabarse. En el primero se disponen en las esquinas unas flores y en el frente hay, arriba y abajo, dos bandas angreladas que dejan un friso intermedio donde se suceden motivos geométricos ya vistos en el exterior: espirales, ceso o aspas de brazos curvos. En las basas áticas, en lugar de las tradicionales garras, aparecen tres originales cabezas hu-

manas con un fuerte tratamiento escultórico y una cuarta con una bola a la que se superpone una especie de hoja.

El capitel del lado del evangelio tiene, pegadas al núcleo, un único orden de hojas nervadas mediante incisiones con el nervio central perlado. Se resuelven en el ápice de dos formas diferentes, las de las aristas tienen grandes volutas y las que están en el centro de cada frente, con pequeñas pomas. La cesta de la epístola reproduce una escena con un hombre en el centro flanqueado por dos bestias con las fauces abiertas. El hombre tiene los rasgos faciales trazados de formas sumaria, pero lleva barba, representada por unas sencillas líneas en la perilla, y viste únicamente un calzón, con múltiples plegados, que le llega hasta las rodillas. En la muñeca derecha lleva una especie de brazaletes. Con su mano izquierda aparta la pata de un león que ocupa el lateral que mira a la nave. El felino presenta los rasgos tradicionales de este animal: la melena que se prolonga más allá del pescuezo y la cola enrollada alrededor del cuerpo. En el otro frente hay un monstruo de naturaleza indefinida. Tiene todo el cuerpo recorrido por líneas orientadas en diferentes direcciones, una espina dorsal muy marcada, una larga cola y unos cuernos. Esta bestia se apoya únicamente en sus patas traseras, mientras que con una de las delanteras agarra el brazo del humano. Ambos cogen al hombre por la cintura con una pata, mientras que el humano, a su vez, los ase, como dominándolos. Además de la escena en sí misma, resulta interesante el hecho de que en este capitel figurado aparecen rasgos propios de uno con decoración vegetal, pues en las esquinas asoman unas pequeñas hojas apuntadas con pomas. La interpretación del tema como Daniel en el foso de los leones no resulta correcta porque, además de aparecer un monstruo, al santo se le suele representar vestido con una túnica y en actitud orante, los leones son dóciles y en ningún momento tocan al santo. Recuerda a una representación del Señor de los Animales. Esta iconografía oriental de Gilgamesh está estrechamente vinculada a la de Daniel en el foso, pues comparten el esquema compositivo. El hombre evocaría al Bien, como prefiguración de Cristo, mientras que ambas bestias son el Mal que lo acecha y lo ataca.

Sobre los capiteles hay unos cimacios en nacela que se prolongan por los muros laterales de la nave y por el interior del ábside, donde funcionan como imposta de las bóvedas. En el presbiterio lo más llamativo son las pinturas ejecutadas en el primer tercio del siglo XVI y estilísticamente presentan rasgos del Gótico Hispano-Flamenco y del Renacimiento. En el hemiciclo se representan, en la bóveda de cascarón, una Trinidad rodeada del Tetramorfos, en el tramo curvo, un Apostolado y en la bóveda de cañón del tramo recto hay parejas de ángeles trompeteros. Sepa-

rando las diferentes escenas se disponen cenefas y bandas ornamentales.

En el centro de la cabecera se abre una ventana que la ilumina. La saetera, abocinada y rematada en un arco de medio punto, está cobijada por una ventana de desarrollo completo. No se sabe cómo están decoradas las dovelas porque se hallan ocultas bajo las pinturas. Las basas carecen de plintos y en el toro inferior de la basa meridional se superpone una especie de moldura en la que se mezclan arcos y tramos rectos. Los fustes, monolíticos y lisos, son interesantes porque están policromados, aunque tal vez las pinturas sean coetáneas a la realización de los murales y podrían haber sido repintadas reproduciendo los motivos medievales. Sobre un fondo claro se disponen helicoidalmente líneas rojizas y negruzcas. Esta decoración está en clara relación con la columna de la portada occidental. La cesta norte tiene un collarino sogueado del que arrancan una serie de motivos estilizados que se curvan sin seguir un patrón, y en el ápice de la arista hay una poma que pende de la punta de una hoja. El capitel opuesto tiene el collarino decorado con una incisión longitudinal, igual que uno de los del exterior de la cabecera. El cuerpo está liso excepto en la parte alta, donde hay tres piñas, una en cada esquina. La desnudez decorativa queda atenuada por una serie de líneas en la misma gama cromática que el fuste. Sus cimacios en nacela resultan de la continuación de los del arco triunfal, que discurren como moldura por el perímetro del presbiterio.

El muro del hemiciclo está recorrido por un banco de fábrica que tiene moldurada la arista con un bocel. En uno de los sillares hay unas extrañas incisiones que, a pesar de no haber sido interpretadas, no cabe duda de que fueron realizadas a propósito.

En la nave también hay un banco perimetral con la misma molduración, pero aparece sólo en el muro sur y su altura no es regular, pues experimenta un crecimiento hacia los pies. Las tres puertas románicas se abren en arco de medio punto con dovelas en arista. La septentrional, que ahora comunica con la sacristía, ha sido ligeramente retallada en los salmeres pero, por lo demás, conserva la configuración románica habitual. Hacia los pies de la nave, en el muro norte, se abre otra puerta adintelada moderna que comunica con un espacio contiguo a la sacristía. Lo interesante de esta puerta es que se cierra con un fragmento de una antigua reja románica. La parte alta de los muros laterales de la nave está reformada, lo evidencia el enlucido amarillo. La intervención afectó a las ventanas, se conserva únicamente la saetera meridional románica.

Entrando en consideraciones formales, el modo de decorar las arquivoltas de la puerta occidental, con casetones en forma de arcos en las roscas e intradoses, es un modelo



Capitel del arco triunfal

de escasa difusión en Galicia. Aparece en iglesias próximas geográficamente en su zona central, principalmente en la provincia de Lugo, como San Miguel de Esporiz (Monte-roso), San Martiño de Ferreira de Negral, Santa María de Pidre (Palas de Rei), Santa María de Camporramiro (Chantada), Santiago de Albá (Palas de Rei), Santa María de O Castelo (Taboada), pero también en la provincia de Pontevedra, en Santo André de Órrea y Santa María de Ventosa (Agolada). En la de A Coruña, Melide es el único ejemplo. Estas iglesias presentan una serie de características decorativas que van desde cuestiones mayores, como las escenas con parejas de aves con los cuellos vueltos o con cuadrúpedo y serpiente o bípedo de larga cola, el tipo de hojas de los capiteles, o cuestiones menores, como aparición de piñas, plintos decorados con motivos variados, codillos suavizados mediante baquetones, fustes helicoidales, perlas o pequeñas flores decorando las mediascañas. Además comparten también cuestiones técnicas, como el empleo de trépano o la perforación total del nervio por detrás de la punta de las hojas. No se trata de elementos de decoración que aparecen exclusivamente en estas iglesias y tampoco tienen por qué darse en todas ellas, pero se presentan de forma bastante frecuente. Esta gran homogeneidad hace pensar en un grupo o taller que trabajó intensamente en la zona.

Además del modelo ornamental casetonado de la fachada occidental, Melide comparte con los templos de Bembibre y de Ferreira el modo de disponer la puerta entre contrafuertes y con un tejazoz con canecillos. Este esquema gozó de bastante difusión en la provincia de A Coruña; se encuentra también en templos como San Martiño de Tiobre (Betanzos), San Salvador de Bergondo o Mezonzo. La forma de resolver la portada de Melide se liga estrecha-



Basa del arco triunfal

mente a la de Ferreira. En ambas se repite el tipo de basas con decoración variada en los plintos, la iconografía del capitel de la lucha entre el cuadrúpedo y un animal bípedo de larga cola; también se baquetonan las aristas de los codillos resultantes entre las columnas y las de los contrafuertes. Resulta especialmente llamativa la escasa distancia entre los estribos y la moldura resultante de la prolongación de los cimacios en ambas iglesias, pues lo normal es que entre los contrafuertes y la portada se dejen varias decenas de centímetros. El hecho de que en ninguna de ellas se respete esta pauta y lleguen a montarse sobre las chambranas hace pensar en que pudieron ser elaboradas por un mismo taller.

El uso de trépano en las hojas de los capiteles internos del imafrente de Melide se puede poner en relación con algunos de los capiteles de San Martiño de Ferreira de Negral y San Pedro de Bembibre. Sin embargo, en ninguno de estos dos templos hay hojas que tengan totalmente vaciada la parte superior del nervio por detrás de la punta, pero está presente en las hojas de los capiteles del presbiterio de la cercana iglesia de Órrea.

El empleo de fustes helicoidales es poco frecuente en el románico gallego. Aunque se utilizaron en la catedral de Santiago, no tuvieron demasiada difusión, pero aparecen también en un tambor de la columna meridional de Santa María de Dexo (Oleiros) y en las portadas de San Xulián de Moraime (Muxía), San Pedro de Bembibre y en San Martiño de Ferreira de Negral.

El tipo de basa empleada en la puerta norte con los plintos decorados con motivos variados (arquitos ciegos, circunferencias y varios rectángulos) se emplea en otras iglesias cercanas de las provincias limítrofes, como las pontevedresas de Santo André de Órrea, San Cristovo de Borrazeiros y San Pedro de Ferreiroa (Agolada) o San Mi-

guel de Goiás (Lalín), o en las lucenses de Santa María de Arcos (Antas de Ulla), Santiago de Barbadelo (Sarria) o en una portada medieval conservada de uno de los claustros del monasterio de Samos.

El motivo de las piñas aparece de modo tardío en el románico gallego. Se encuentra en templos cercanos como Santa María de Mezonzo (Vilasantar), Santa María de Verís (Irixoa) o Santa Cruz de Mondoí (Oza dos Ríos), pero los ejemplos más cercanos se encuentran en la provincia de Lugo, en San Miguel de Esporiz, San Martiño de Ferreira de Negral y Santa María de Arcos.

En Melide aparecen además otros elementos decorativos que no están presentes en iglesias con portadas casetonadas, como son los festones de arquitos que decoran las roscas de su portada meridional. En motivo de las cenefas con arcos se encuentra con frecuencia decorando arquivoltas, basas o tímpanos. Es un adorno de origen islámico que alcanzó una amplia difusión; en el románico gallego se usó por primera vez en la catedral de Santiago, desde donde se difunde a edificios rurales desde mediados del siglo XII y hasta bien entrada la siguiente centuria. En la provincia de A Coruña gozó de gran éxito en la zona oriental, donde aparece en San Martiño de Tiobre (Betanzos), San Tirso de Ambroa (Irixoa), San Pantaleón das Viñas (Paderne), San Tirso de Oseiro (Arteixo), Santa María de Cambre, San Xoán de Anceis (Cambre), pero también se encuentra en iglesias pontevedresas no muy distantes de Melide, co-

mo San Cristovo de Camposancos, San Miguel de Goiás y Santa Baia de Losón (Lalín).

Para dar una cronología a la iglesia de Melide, dada las grandes similitudes con los templos de Ferreira y de Bembibre, se han de tomar como referencia los epígrafes de ambas. La primera presenta la fecha de 1177, en la puerta meridional, y la segunda la de 1191, en el tímpano. No obstante, en Melide aparecen una serie de características que llevan a aproximar su fecha de construcción a la segunda y no a la primera. En los capiteles la mayoría de las hojas sufren un fuerte aplanamiento, llegando incluso a dejar lisa la parte inferior de muchas de ellas. Lo mismo podría decirse del capitel meridional de la ventana exterior del ábside, donde perfilan las tres hojas mediante una cinta plana que se curva a lo largo de la superficie lisa de la cesta. En las otras cestas del exterior del ábside y en una de la fachada meridional aparece una decoración geométrica. En esta misma dirección apunta también el empleo en la fachada occidental de basas que han perdido las proporciones tradicionales, la escocia pierda su forma y el toro inferior se abomba. A falta de una inscripción en Melide que aporte una fecha, debemos considerar que la edificación debió de realizarse en los años finales del siglo XII.

En el apartado de mobiliario litúrgico, en Santa María de Melide se conservan una mesa de altar y una reja románicas. En 1998 se realizó una restauración de las pinturas murales y se intervino también en el ara. Se colocó en su



Mesa de altar

ubicación actual, en el centro del presbiterio, pero ya se había trasladado o desmontado previamente, puesto que algunos de los diseños y colores de las cenefas que la decoran presentaban problemas de uniformidad, además había cemento tapando las juntas.

La mesa de fábrica está decorada en tres de sus caras con una sucesión de arquitos de medio punto en resalte. En los laterales sólo hay dos sin decoración, pero en el frente hay seis arcos ornamentados en las roscas con pequeñas perlas. En las esquinas delanteras aparecen sendas cabezas humanas talladas con detalle marcando el pelo, los labios o los párpados. La losa superior es achaflanada, perfil que también describe la otra losa inferior, colocada de forma invertida, sobre la que se asienta el altar. El ara está policromada en la cara frontal, pero se trata de pinturas coetáneas a las del resto del presbiterio, puesto que se repiten los colores y los motivos decorativos de lacerías con motivos geométricos estilizados. Aunque López Ferreiro indicó que los arcos descansaban en columnas pareadas, su descripción no se ajusta a este altar. Debe de tratarse de un error del historiador pues nada apunta a la presencia de estos soportes; el espacio al que se adosarían cuenta con pinturas y la base de los arcos resulta excesivamente estrecha.

En Galicia se conservan otras mesas de altar de tipologías variadas. Hay mesas de altar soportadas por columnas en Santa Baia de Lubre (Ares), Santa María de Mezonzo (Vilasantar), Santa María de Sobrado dos Monxes o San Mamede de O Castro (Silleda. Pontevedra); mesas con frontales en las iglesias orensanas de Santiago de Allariz o Santa María de Xunqueira de Espadañedo; y mesas de altar de fábrica, como en Santa María de Ferreira de Pallares (Guntín, Lugo). Esta última comparte tipología con la de Melide, pero presenta una decoración más sencilla que se reduce a la moldura del tablero superior. En el caso de la melidense la configuración arquitectónica de los arcos perlados la pone en relación con la mesa de Xunqueira de Espadañedo, aunque en el caso orensano descansan sobre columnas. La cronología del altar de Melide debe de ser análoga a la terminación del templo.

Tal vez el elemento más interesante de esta iglesia es su reja de hierro, que es la única conservada en Galicia. En el *Códice Calixtino* queda de manifiesto la existencia de una reja en la capilla mayor de la catedral compostelana, pues durante una revuelta Gelmírez se refugió en el presbiterio donde cerraron las rejas y echaron los cerrojos. La reja es un elemento que delimita, cierra, aísla y compartimenta sin impedir el paso de la luz ni ocultar de la vista los tesoros de la iglesia, ya fueran reliquias u ornatos dignos de contemplación y veneración por parte de los fieles. Más allá de la pura utilidad de las rejas, se logró dotarlas de un fuerte compo-

nente artístico. A pesar de la dificultad del forjado del hierro, se logró plasmar en ellas el repertorio ornamental de la época. Aunque las rejas se utilizaron también en ocasiones para cerrar las saeteras, casi todos los enrejados desaparecieron, bien porque se fundieron para hacer otros nuevos, se vendieron por el valor del metal o se desmontaron debido a los cambios litúrgicos. En el mejor de los casos, como en Melide, fueron retirados y reutilizados para elaborar nuevos cierres o almacenados a la espera de otro uso.

La reja de Melide está dividida en dos partes, la menor se reutilizó para hacer la puerta estrecha que comunica la nave con una habitación anexa en el muro norte y la mayor está ahora en la sacristía. La reja debió de ser concebida para cerrar el acceso al ábside. Debido a su función de cierre de la capilla tenía que cubrir toda la luz del arco. Constataría, al menos, de tres partes: dos montantes laterales fijos y uno central móvil para la puerta, que podía ser de una o de dos hojas. En la jamba correspondiente a la dobladura del arco triunfal se conservan, en ambos laterales, irregularidades que hacen pensar que estuvo anclada en ese punto. Un par de hiladas por debajo de la prolongación del cimacio hay unos pequeños bloques de piedra que tapan un orificio cuadrado y, a media altura, hay una fila de sillares de altura inusualmente baja. Además, en ambas columnas hay tambores con restos de unas barras metálicas que pudieron haber hecho de tirantes de la verja.

La reja de Melide se compone de un bastidor exterior formado por barras de sección rectangular donde se insertan los motivos decorativos de espirales. Se trata de piezas independientes que están unidas con grapas entre ellas y a los montantes. El motivo decorativo son pares de espirales formando una C terminada en cada extremo con una voluta. Cada pareja de "ces" se une a otra por la espalda. Este esquema básico se enriquece al colocar en el ojo de la espiral unas sencillas flores geometrizadas unidas mediante presillas y al poner entre las parejas una serie de barrotes adicionales terminados en pequeños círculos que acaban de cubrir el espacio disponible. En la parte conservada en la sacristía se superponen siete pares de volutas. El número original de pares, así como la forma de resolver el coronamiento, son una incógnita, porque la reja fue desplazada en varias ocasiones fuera de la iglesia y algunas volutas se incorporaron en una restauración a finales del siglo XX.

La reja de Melide es la única pieza de su género en Galicia aunque sí que se conservan herrajes de puertas románicas en un reducido número de iglesias luguesas, como en la catedral de Lugo, San Salvador de Vilar de Donas (Palas de Rei), Santa María de Meira, San Salvador de Sarria, San Pedro do Incio y San Martín de Berselos (Baralla). La mayor concentración de rejas y herrajes de puertas está en la



Reja románica

zona de los Pirineos, pero también se conservan ejemplares dispersos en Castilla y León. La técnica empleada para unir las diferentes piezas mediante grapas o presillas, en lugar de utilizarse la soldadura, el esquema con roleos afrontados distribuidos en bastidores y las volutas acabadas en flores responden a esquemas compositivos propios del románico. No obstante, la falta de paralelos próximos geográficamente dificulta la elaboración de un análisis más exhaustivo. Lo más destacable en Melide es la decoración con flores en el remate de los roleos, que son iguales a los empleados en las rejas de San Vicente de Ávila o en algunos de los roleos de la reja de la catedral de Lisboa. Olaguer-Feliú planteó que las volutas, por su forma, pudiesen ser una evocación del agua pues, en tiempos remotos, estas formas simbolizaban las olas de mar y dentro del contexto cristiano de una iglesia podrían aludir a las aguas del bautismo y a este sacramento. Por otro lado, la espiral es un motivo de gran

carga simbólica puesto que es prolongable hasta el infinito, adquiriendo una dimensión cósmica. Las flores que aparecen al final de cada espiral podrían hacer alusión al Paraíso. En cuanto a la cronología, debió de elaborarse al terminar el edificio, en un momento próximo al año 1200.

Texto: AMPF - Fotos: AMPF/JNG - Planos: MRBV

### Bibliografía

- ÁLVAREZ CARBALLIDO, E., 1888, pp. 122-124; ÁLVAREZ CARBALLIDO, E., 1903, pp. 800-804; ALVAREZ GARCÍA, X., 1990, pp. 22-32; AMENÓS, LL., 2010, pp. 31-48; Balsa de la Vega, R., (1908-1912), I, pp. 70-72, 362; Balsa de la Vega, R., (1908-1912), II, foto, 31-32; Balsa de la Vega, R., (1908-1912), III, foto, 200; BANGO TORVISO, I. G., 1979, pp. 137-138 y 147; BESTEIRO, B., 1998; BROZ REI, X. M., 1982, s. p.; BROZ REI, X. M., 1990, p. 65; BROZ REI, X. M., 1992, pp. 98-118; BROZ REI, X. M., 1993, pp. 231-233; BROZ REI, X. M., 1999, pp. 91-92; BROZ REI, X. M., 2001, pp. 108-116, 403-421; CARRÉ ALDAO, E., s. a. (1980), VI, p. 56; CARRILLO LISTA, M. P., 1997a, pp. 21-35; 65-74; CARRILLO LISTA, M. P., 2005, pp. 289-303; CARRILLO LISTA, M. P., 2008, pp. 267-278; CHAO CASTRO, D., 2008, pp. 267-278; CARRO, X. *et alii*, 1933, pp. 261-266; CASTILLO LÓPEZ, Á. del, 1926c, s. p.; CASTILLO LÓPEZ, Á. del, s. a. (c), pp. 888 y 932; CASTILLO LÓPEZ, Á. del, 1972 (1987), p. 318; CHAMOSO LAMAS, M. *et alii*, 1973, pp. 505-506; DOMINGO PÉREZ UGENA, M. J. 1998b, pp. 248-251; FERNANDES, P. A., 2002, p. 28; FERREIRA PRIEGUE, E., 1988a, pp. 191-193; FONTOIRA SURÍS, R., 2001, pp. 245-246; FORNOS, C., 1994, pp. 86-87; GALLEGO DE MIGUEL, A., 1963, pp. 19-22; GALLEGO DE MIGUEL, A., 1982, pp. 15-20; GALLEGO DE MIGUEL, A., 1988, pp. 17-32; GARCÍA IGLESIAS, J. M., 1989, VIII- 1; GOICOECHEA ARRONDO, E., 1971, p. 615; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, p. 341; HUIDOBRO Y SERNA, L., 1951, III, p. 112; LÓPEZ FERREIRO, A., 1889, pp. 257-265; LÓPEZ FERREIRO, A., 1981, p. 171; LÓPEZ FERREIRO, A., 1898-1911, II, ap. LXXXV, pp. 205-207; LÓPEZ FERREIRO, A., 1898-1911, III, pp. 454-455; LÓPEZ FERREIRO, A., 1898-1911, V, pp. 63-64; LÓPEZ FERREIRO, A., 1960, pp. 187-191; LUCAS ÁLVAREZ, M., 1948, pp. 359-361; MADDOZ, P., 1845-1850, XI, p. 365; MARTÍNEZ BARBEITO, C., 1957, p. 147; OLAGUER-FELIÚ Y ALONSO, F. de, 1997, pp. 87-92; PALLARES MÉNDEZ, M. C., 1979, pp. 128-139; PITA ANDRADE, J. M., 1963, p. 53; PITA ANDRADE, J. M., 1969b, p. 91; PITA ANDRADE, J. M., 1969a, p. 75; PLATERO FERNÁNDEZ, C., 1983, s. p.; SERRANO GARCÍA, L., 1998; VÁZQUEZ DE PARGA, L. *et alii*, 1948 (1992), II, p. 346; VÁZQUEZ RODRÍGUEZ, J., 2000, pp. 149-152; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1983a, pp. 217-218, 226-228; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1983b, pp. 105, 113-124, 228; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1990b, p. 33; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1993, pp. 500-502; YZQUIERDO PERRÍN, R., 2005, pp. 172-175.